

I.—BIBLIOTECA TAURINA

El Niño de la trenza lisa.

NOVELA TRAGI-CÓMICO TAURINA



Precio: 50 céntimos.

EL NIÑO DE LA TRENZA LISA
(RETRATO Y BIOGRAFÍA)

I.—BIBLIOTECA TAURINA

EL NIÑO
DE LA TRENZA LISA

(Retrato y biografía)

NOVELA TRAGI-CÓMICO-TAURINA

ORIGINAL DE

ANTONIO ROS

(El de la grada 5.^a)



MADRID
IMPRESA DE ARRÓYAVE, GONZÁLEZ Y COMPAÑÍA
Calle de Pizarro, 15
1907

ES PROPIEDAD

I

PREPARANDO Á LOS LECTORES

Hay que distinguir, señores, hay que distinguir.

No crean los apreciables lectores que vamos á dar aquí una serie de datos históricos de uno de tantos sujetos, de un cualquiera, de uno de esos que nada más que *pörque sí* se han *hecho* toreros.

Nada de eso, ni de lo otro.

No vamos aquí tampoco á distraer la imaginación de los pacienzudos aficionados dándoles á conocer la vida, hechos y milagros (los que haya hecho este gachó, que se los claven á cualquiera en la frente), á estilo rutinesco, y por lo gene-

ral, la misma ó parecida de casi todos los diestros ó siniestros que «en el mundo han sido», y los que no han llegado á ser.

Nada, no nos vamos á ocupar del tan ya manoseado, cacareado y bailoteado joven que en las primicias de su niñez estudió en tal ó cual colegio, abandonando las aulas, ¡ay!, para abrazarse de lleno á la arriesgada y peligrosísima profesión de matar reses bravas, ó mansas, según caigan las pesas, ó según qué persona proporcione los cornúpetos.

Volvemos á repetir, y hemos hecho estas observaciones, para que nadie, absolutamente nadie, se figure, ni remotamente, que este libro va á ser la tan ya gastada lata de *contar* con el mismo estilo que se han *contado* la de muchos astros taurinos, que leyendo sus historias parece son todos uno sólo, si se tiene en cuenta que á *casi* todos les hayan ocurrido las mismas peripecias.

Aquí, ó allí, estamos seguros, segurísimos, han de poner su atención los verdaderos aficionados, y no podrá nunca darse tono ni contonearse como tal, quien allá, cuando se pasen unos cuarenta años, no responda al momento á cualquiera de las preguntas ó consultas que, los en esa época noveles aficiona-

dos les hagan respecto á lo que fué nuestro ya, próximo á serlo, biografiado.

¿Quién será el que tenga tan poca afición que no lea, reelea y aprenda de memoria las *cosas* porque pasó, sitios que frecuentó, días fijos de la semana en que se rascaba las narices, el que dentro de brevisimos momentos va á ser por nosotros retratado, para que con datos fidedignos pueda repeler cualquiera agresión ofensiva con que se quieran manchar la honra y honor del que antes de unos insignificantes minutos va á ser biografiado?

Nadie, voto va á *Talarruchi*, que se tenga por tal y desee que le rompan las costillas; todos, toditos, en comisión... ó al contado, defenderán toda la vida la brillante historia del «incommensurable» y hasta la fecha ser invisible, desconocido mosquito sin alas de la tauromaquia.

No, no, no es éste, para ustedes feto taurómico, el sujeto vulgar que se vale de la publicidad, el bombo y la mentira para llegar á escalar un puesto.

No, señores; él los escalos los hace de manera más silenciosa; nadie lo sabe, nadie se entera; él pone todos los medios que están á su alcance para no dar ruido.

¡Así es como deben hacerse los escalos!

El, sus triunfos no tiene que contarlos porque vaya en cuadrilla; á él le da lo mismo ir solo; tampoco precisa cuando trabaja de que haya presidencia ni autoridades para mantener el orden, va solo, y solo es mejor, no le ve nadie; así trabaja á su gusto, desahogado y no se expone á que, como á otros, le llamen hasta ladrón.

Puestas de manifiesto advertencias interesantes para que el público no se llame á engaño, y como ya han pasado los segundos que prometimos pasarían antes de empezar nuestra concienzuda tarea, daremos, primeramente el retrato, y luego fiel relato de los sucesos más salientes de la vida del que en estos momentos mantiene, no á ningún individuo de su familia, sino la atención del pueblo aficionado al arte de los Romeros.



Fotografía de Perpetuo Cobista y Sablazoalcanto;
Desahogo, mil... y pico, Jauja.

EL NIÑO DE LA TRENZA LISA

II

BIOGRAFIA

Nepomuceno Requetepoquísimavergüenza y Caribello (El Niño de la trenza lisa).

El 13 de Enero de 18.. nació en el Corral de Ayllon el diestro Nepomuceno Requetepoquísimavergüenza y Caribello, *El Niño de la trenza lisa*. Sus padres, como él los llamaba, fueron dos honradísimos trabajadores, nacidos también, si no en el mismo Corral, en otro que existe un poquito más acá, según se entra, á la derecha.

Creciendo creciendo fué Nepomuceno llegando á contar sus doce añitos, edad

en la que no hubo persona humana que le hiciera coger una misera cartilla.

Aconsejado á todas horas y por todo el mundo á que, siquiera como una pequeña distracción deletreara, con objeto de ver si se lograba aprendiera á leer y mal escribir sus kilométricos nombre y apellidos, á nadie hizo caso.

«Todo en vano», como dijo Sienkievichi, ó el *Buñolero* (no recordamos en este momento, y creo que por eso no hemos de regañar).

Todo inútil; no había quien le hiciera *tomar* una lección, ni aun á fuerza de suministrarle el refrán aquel de «la letra con sangre entra»; ni por esas, ¡y cuidado que le daban sangre con cebollas fritas á todo pasto!

Como el tiempo pasaba y Nepomuceño crecía, sin que hubiese medio, no ya de que fuera á la escuela, sino que viera la manera de ganarse algo trabajando, cosa que tampoco aceptaba, el nene ya tenía con cuidado á la familia.

Como sinvergüenza era un sinvergüenza, pero como vago era también un solemne vago.

III

ANDEM'USTÉ POL MUNDI

Sin saberse cómo ni cuándo, de la noche á la mañana, no se le volvió á ver el pelo á Nepomuceno por el Corral.

«Sin embargo», al poco tiempo súpuse que Caribello se hallaba en Madrid, com letamente limpio, bien vestido y siempre con dinero en el bolsillo.

Lap gente que anda siempre al tanto, por no tener otra cosa en que ocuparse, de las novedades, altas y bajas taurinas, se hacían lenguas. Los maletas se *mosquearon* al notar la presencia de un nuevo sujeto en el ex boulevard del antiguo 'café Imperial.

Nepomuceno, á todo esto, siempre solo, más estirado que un húsar, con una coleta que ni la de un chino, una cadenaza de oro, al parecer, no escaseando de tabaco y «echando flores» más ó menos indecentes á cuantas jóvenes pasaban por su lado, se perdía por las calles las horas del día y las de la noche, alegremente. ¡Era lo único que tenía que perder, el tiempo!

No se hizo esperar mucho el que el *vulgo pequeño tauromáquico, y aun algunos del grande*, indagaran de dónde saldría el dinero para todos aquellos gastos.

Y... la de varios.

Alguna que otra infeliz de esas que venden su vida por unas pesetas, que son ultrajadas por hombres cobardes, sin valor para mirar frente á frente á un HOMBRE, y que tienen la debilidad y tontería de echarse por novio (?) á uno que se titule ó diga que «va á ser torero».

Nepomuceno tuvo la suerte de encontrar á una de estas desgraciadas.

El comía, bebía, vestía y nunca le faltaba dinero para echarse unas tintas; todo á costa de la *Chupitos*, que era la *prima* que había caído en la ratonera «por esta vez».

Verdad es que Nepomuceno tenía que «cometer» algunas bajezas; tales como las de tener que acompañar á su novia (?) en pleno día por las calles de Madrid; esperar en la esquina cuando ella se retrasaba, no por su culpa, sino por la del cabrito, como ella decía, que estaba duro, ó bien cuando en los propios ojos del gran ma...tador tenía que dar demasiada ceba á algún ca...ballero para con su cuerpo poder atender á todas las necesidades de su amante.

Lo más gracioso del caso era, según decían los que investigaron la manera de vivir de Nepomuceno, que cuando la *Chupitos* tardaba por alguna contingencia, él se encrespaba y sintiéndose valiente ¡ya lo creo! la pegaba.

También se hizo notar en Nepomuceno sus frecuentes paseos nocturnos, en los que se aproximaba demasiado á unas verjas que cercan un monumento por todo el mundo respetado; tampoco dejó de ser visto por las cercanías de los recipientes que existen en las plazas de Santa Ana, Isabel II y otros situados en lugares oscuros y apartados. Con todas estas combinaciones no era ya extraño el que el *Niño* estuviera tan bien. Pero como quiera que á Caribello se le veía cada día más pincho y con más *pelanas*,

no dejaban los murmuradores de ocuparse á todas horas de la suerte que el *jambo* tenía.

No era esto lo que con más cuidado traía á algunos de los aspirantes á *Guerritas*; lo que más les preocupaba era el que aquel nuevo *ninchi*, como quiera que la *abillaba*, no tardaría mucho tiempo en que, consus recomendaciones les quitaría alguna que otra función, pues ya estaban escarmentados de trabajar y trabajar cerca de una empresa, con seis años de anticipación, por obtener una corrida, y después de tenerlo todo listo y conseguido, ¡zas! venía uno de estos *malages*, con influencias, y todo lo levantado venía á tierra.

Nepomuceno, abusando de la lealtad y buen comportamiento de la *Chupitos*, no tenía inconveniente en asistir también á varias juerguecitas, que de momio se le proporcionaron, en las que, después de abusar los *congresistas* y él del alcohol, no titubeaba en hacerle traición á la que diariamente se sacrificaba para que él comiera.

No todo fueron *rositas*; una asquerosa enfermedad, adquirida después de una de aquellas *soires*, le hizo expiar las ofensas que causara á la que tanto bien debía.

Esta *caricia* le tuvo postrado dos meses en una de las camas de un establecimiento benéfico situado en las proximidades de la Plaza de Toros; dos meses en que no le faltó absolutamente de nada: tabaco, buenos vinos, chocolate, bizcochos, etc., etc.; todo se lo proporcionaba y llevaba, sin tener en cuenta las grandes caminatas que se daba, aquella buena mujer despreciada y ofendida villanamente por el *amigo* Nepomuceno.

Bastante mejorado de la *cogida*, salió Caribello de la caritativa casa, siendo esperado con los brazos abiertos por la gran *Chupitos* que, por poco si no le deshace la cara á besos; no le guardaba ningún rencor, eso que demasiado sabía ella donde había adquirido aquellos *recuerdos*; al contrario, más y más le quería y más y más le ayudaba. El, sin embargo, como si todo se lo mereciera, no daba importancia al asunto.

Prosiguió, y más en esta ocasión, con lo de la *convalecencia*, haciendo su anterior y buena vida de comer, beber, gastar y pasear.

No tenía el mismo tipo y hechuras que tuvo antes de caer enfermo; aquella arrogancia desapareció. En donde más estragos hizo la enfermedad fué en su hermosa cabellera; él, que peinaba con

tanto cuidado su fino pelo y lucía gallardamente su gran coleta, vió que ésta no era ya, ni con mucho, aquella trenza tan tiesa, envidia y admiración de sus *adláteres*. Una tarde se decidió á hacer su presentación en la calle de Sevilla, que se hallaba en todo su apogeo de aficionados y principiantes.

Verle éstos y soltar una carcajada, todo fué uno.

—¡Qué cara se le ha quedao!—decían unos.

—¡Si notié pestañas!—, objetaban otros.

—¡Qué trenza más lisa!—, se le ocurrió murmurar á otro.

—¡Qué co... ruches de trenza, qué lisa está!—, coreó á grandes voces la *reunión*.

—¡Ay! ¡mi niño de la trenza lisa!—, gritaron todos también.

Tanto y tanto lo repitieron, que ya dió todo el mundo en llamarle el *Niño de la trenza lisa*.

No por estas ni otras muchas cosas que le ocurrieron dejó de seguirle ayudando la suerte á Caribello.

Empezó á preocuparle también á Nepomuceno que ya estaba haciendo un mal papel, y á todo trance quería ver la manera de que por uno ú otro lado le dieran recomendaciones.

No se hizo esperar mucho esto. Nepomuceno consiguió muchas y valiosas influencias, adquiriéndolas, ya por mediación de la *Chupitos*, ya por la de las otras *jembras* con que ella se rozaban; lo cierto es que en seguida empezó por Madrid á sonar el nombre del neófito y bien pronto figuró su nombre en los carteles, como matador, para estoquear dos toros en la plaza, ó cosa parecida, de Cotillas.

Tres semanas estuvo esperando *pacientemente* la carta en que la Comisión le adjuntaba el contrato.

«Llegó el día». Recibir la primera, la que encerraba el segundo, y lanzarse á la calle en busca de cuadrilla, todo fué obra de menos tiempo que el que se tarda en decirlo.

Pensando y pensando el *Niño de la trenza lisa* con quiénes se entendería para que le ayudaran á «echar» fuera aquella corrida, se le llenó la cabeza de presunciones y fantasías. (Por él hubieran sido las cuadrillas de los matadores que cortaban el bacalao por aquella época.)

Todas juntas le parecía poco. Tan mal parada veía ó preveía la cosa; pero, en fin, la cuestión era hacer que su nombre se viera en los periódicos, ya fuera vivo ó muerto.

Tropezaba con un gran inconveniente: *la pasta* de que solamente disponía después de que la fiesta (no iba á ser mala la fiesta), se verificara. Cincuenta y cuatro duros para los siete y el capitán, que era él. Para gastos de viaje no precisaban, pues de conducirlos á Cotillas se encargaría el jefe del puesto de la Guardia civil, que de un día á otro llegaría del pueblo á hacer unos encargos del alcalde, y de paso se llevaría á los toreros.

La fonda, *albergue* ó posada en que pararan, si los dejaban parar, los días que permanecieran en Cotillas, eran también de cuenta de la Comisión.

No podría con aquel dinero encontrar el hombre ningunos Juan Molinas, Mazantinis, ni *Recalcao* que le fundó, pero sí adquirió, por charlar demasiado, compromiso con más de treinta aprendices, notificándoles uno por uno las condiciones en que iban á trabajar en *esa* función. Los honorarios eran bien pequeños; pero eso de llenar la barriga unos cuantos días y «sacar la tripa de mal año» no es cosa que figura diariamente en los calendarios de cada *quisque*. «¡Así que el hambre no es negra!», como dijo Calamarte. ¡Y que no era chica la que destrozaban aquella baraja sin ochos ni

nueves, con quienes se comprometió verbalmente el de *la lisa!*

Lenguas se hacían, entre sí, unos y otros. A los que dió esperanzas de llevar á Cotillas no se les vió el pelo en unos cuantos días, ni por las aceras de Levante é Imperial, ni por la calle de Sevilla. ¡El que más y el que menos tenía ya toros y le parecía muy por debajo de su reputación el codearse con *desmayaos* que no toreaban ni el día del Corpus!

IV

EMPIEZA EL MIEDO

—Una de las mayores barbaridades que he cometido en este mundo, ha sido la que *he ejecutado* esta tarde, se dijo Nepomuceno al llegar á su casa, después de prometer tanto á tantos.

—¿Pues no he dado palabra á un sin fin de toreros, prometiéndoles formalmente vendrían conmigo á Cotillas? ¿Cómo me las voy á «componer» si no tengo que llevar nada más que siete banderilleros? ¡Dios mío, la que me ha caído encima; es decir, la que me caerá! En fin, allá veremos cómo salimos por haberme

ido tanto de la *mui*. Y lo ocurrido fué que Nepomuceno, en el entusiasmo, empezó á charlar y ofrecer á *diestros* y *siniestros*, encontrándose el hombre con que más que para que le banderillearan los toros, se encontraba con gente suficiente para conquistar el Muni.

El día siguiente al de *este suceso*, el *Niño de la trenza lisa* no se movió de su casa.—Más vale, se decía, no asomar las narices por esas calles, pues *pa mí* que empezarian ya las ovaciones.

La gente contratada contaba los cuatro días que faltaban para la marcha con más detenimiento que si contaran los días que durante el año, ni por casualidad, *meneaban el bigote*.

En vista de que el *Niño* no parecía por ninguna parte, empezaron á intranquilizarse los ajustados, y poco á poco, uno á uno, fueron desfilando por el *Mentidero*. Hablaban de todo menos de lo de Cotillas. Cada cual temía le *birlaran* el negocio.

—¿Han visto ustedes al *Niño*?—preguntaba de vez en cuando alguno *de los hablados*, así, como dejándose caer.

—Si, por ahí pasó hace unas horas; pero iba *escapao*—contestó uno con objeto de desorientar á los del grupo. (El que esto dijo no le había visto tam-

poco desde que *le* habló de *aquello* de Cotillas).

Como tenía que suceder, llegó la víspera de la salida para el pueblo natal, del matador, como dijo *uno de la reunión*, pues preveía que el día de la corrida, en Cotillas nacería el *Niño*.

PREPARATIVOS DE MARCHA

El cabo de la benemérita que traía el encargo de llevar á la cuadrilla, encaminó sus pasos hacia el domicilio del *reo*, que así podría llamarse á Nepomuceno, dado los días que llevaba metido en casa.

—¿Vive aquí el Poquísimavergüenza?—preguntó á la portera el jefe del puesto.

—El Poquísima, no; el Requetepoquísima, sí.

—Sí, es el mismo—contestó el guardia—; le he dicho á usted así, poquísi-

ma, á secas, porque así se le trata *ya* en el pueblo, casi familiarmente.

—Pues suba usted al cuarto 4.º, pasillo de la derecha, núm. 1, y allí le encontrará.

Efectivamente, subió el portador de los billetes del tren para el jefe y su cuadrilla, y llamó á la puerta del mencionado cuarto, que sonaba á hueco.

—Soy yo, torerazo; el cabo de la Guardia civil.

«—Adelante, caballeros,
entren todos de rondón»

se jaleó desde dentro Nepomuceno, mostrando una alegría que no existía. Para él era lo mismo aquella visita como si le hubieran ido á comunicar la última pena.

Franqueada la habitación al encargado de la misión, y una vez de acuerdo día y hora de la partida, quedaron conformes en esperarse todos á las cuatro de la mañana, en la estación del Norte, para salir en el tren de mercancías de las once y cuarenta y nueve minutos.

Despidiéronse «hasta luego», prometiéndose pasar un día feliz el en que se verificara la tragedia, como para sí se decía Nepomuceno.

Contento, por un lado quedó éste, por

el del anticipo que le dejó el enviado de la Comisión para él y su cuadrilla; pero, por otro lado, por el del conflicto de haberse comprometido con un número de personal tres veces mayor que el que le habían encargado, estaba el hombre verdaderamente apurado.

—¿Cómo salir de este trance?—*se decía* para sus adentros el *Niño de la trenza lisa*.—Pues nada, aquí hay que *sentirse* valiente, dijo también para *sus adentros* el bueno de Nepomuceno. Pero *quid*, ni por esas.

—Que no salgo, ea,—refunfuñaba él solo,—á mí no me escabechan con tres fechas de anticipación. ¡Cualquiera sale á la calle en busca de esos siete! Esperaré aquí *tranquilo*; si alguno viene, bien; si no, soy capaz de irme sin cuadrilla y sea lo que Dios quiera. ¡Peor no lo he de pasar!

No bien acababa de *decirse* estas palabras cuando oyó pisadas por el largo pasillo que daba acceso á su vivienda, notando se le colaban por la puerta así como una media docena de *gente detoros*. Hubo su miajita de entonen, tal cual que otro taconeito; afortunadamente, por aquella vez, gracias á que no había *despensa* en la casa, si la hay... me río yo de la invasión de los bárbaros.

Sosegados todos, no sin antes haberse bebido cuanta agua habia en la tinaja, Nepomuceno les dió á todos el «sí»... y doce pesetas por barba en calidad de préstamo á cuenta de aquella *recorría*, como dijo uno de los toreros al ver en sus manos los cuarenta y ocho reales contantes y sonantes. Espavilados estos seis, fué avisado el otro que faltaba para completar el cupo, encargo que *llevó* el *Gandingas*, uno de los toreros ya despachados. No tardó cuatro minutos en llegar el medio par que faltaba, el que, como los anteriores, recibió su anticipo.

VI

¡A COTILLAS!

Sesenta y pico de minutos, antes de la del alba serían, cuando en la estación del Príncipe Pío se hallaban; en un grupo, fumando todos á rabiarse, los siete *afortunados*, y en otro, rabiando, pero sin fumar, una veintena de mozalbetes, los *contratados de boquilla* nada mas, algunos de los que de vez en cuando miraba con doble intención hacia el grupo *distinguido*. Un coche de punto paróse ante las puertas de hierro que existen entre el paseo de San Vicente y los andenes. Oyóse un murmullo de *admiración* al observar aquella mole, que el que se

apeaba del simón era el propio y auténtico *Niño de la trenza lisa*.

Lo mismo que si fuera á entrar en un cuadro para que lo fusilaran, pisó Nepomuceno el adoquinado que da entrada á la estación. Avanzando tembloroso, como el que se ve venir alguna catástrofe encima, llegó al *grupo enemigo*, el que rodeó al *Niño*, pidiéndole unos y otros explicaciones sobre su comportamiento. Todos á un tiempo le hablaban, abroncándole con desaforadas voces y blasfemias, y metiéndole las manos por la cara sin dejarle avanzar hacia el interior del andén. Perdida toda esperanza por parte de los que tanto demandaban un puesto en la cuadrilla, *vino* el motin, y entre unos y otros dieron al *Niño* sus ochenta *castes* y *bofetás*. Ni el billete necesitó el *Niño* presentar para pasar al andén; á golpes fué introducido. Los siete efectivos banderilleros se encontraban en el vagón que había de conducirlos á Cotillas. Ni ellos ni el cabo se metieron para nada en el *asunto ocurrido* al *Niño*. Reunidos tranquilamente Nepomuceno con su cuadrilla y el jefe del puesto, esperaron unas cinco horas, amargas para el «mataor», hasta que por fin salió el convoy.

.....

VII

EN COTILLAS.

La entrada en Cotillas fué triunfal; aplausos, cohetes, tiros, sillas (puestas en la carrera y ocupadas por lo mejorcito del pueblo), gallardetes; cintas, palos (con toldos para resguardar del sol al vecindario), la mar. El Alcalde abrazó frenéticamente al *gran torero*, según decían los carteles, escritos á mano. En seguida fueron llevados el jefe y su cuadrilla á una de las posadas del pueblo. Como si entrara en un lupanar entró Nepomuceno en la *fonda*. Lo primero que vió fué una joven, que era la hija del ama de la hospedería, y sin encomendarse ni á la vergüenza ni á la educación, en seguida, haciéndole monaditas y piruetas

con el dedo índice, las primeras buenas tardes que dió á la niña fué tocarle uno de sus abultados senos y decirla *de paso*: *Guasonsvivila, miá que estás gordibila, quién te pillábara en el granebiro.*

La muchacha, ante aquel atrevimiento del desconocido, salió corriendo y chillando avergonzada de sí misma y de las *graciosas* frases que le dirigió el *Niño*.

—*Caya Pastiri*, gritó Nepomuceno á la paleta. Acomodados todos en su habitación (que no hay para que decir fué una para los ocho), se acostaron con objeto de descansar de aquel *rápido* viaje. (Unas sesenta y seis horas).

Aquella noche cenaron opíparamente los cuatro pares de toreros. No era comer, era devorar. De *vermú*, antes, mucho antes de que les sirvieran el primer plato, hubo quien se tragó dos panecillos. Camará, ni la solitaria. Eso sí que fué atracarse de toro, vaca, fruta, pan y demás cosas líquidas, como decía uno de la cuadrilla. De aquí al Depósito, balbuceó otro. Reventando del atracón volvieron á acostarse otra vez los ocho amigos; así se hubieran pasado la vida muy á gusto, no sin dejar de pensar todos á la vez, aunque lo disimulaban, que el día siguiente, para el que ya faltaban pocas horas, era el del *sacrificio*.

VIII

LA CORRIDA

Desde las diez de la mañana del día siguiente al del festín, estaban vestidos, de máscaras podía decirse, todos los *toreros*; había alguno que lucía un traje que, con seguridad, no le faltarian diez minutos para cumplir el siglo. Empezó la corrida, no relatando al *detalle* todas las peripecias ocurridas, porque aquello fué una juerga continuada. Nadie echó un capotazo ni para espantarles las moscas á los toros; las banderillas se las llevaron enteritas los peones, y el matador, á pesar de que, según se decía, llevaba hasta el estoque envenenado, con objeto

de que si *llegaba al pelo* el efecto fuera más rápido, vió que su primer toro se lo llevaron vivo al corral; en cambio, su segundo, si no llevó el mismo camino que el primero fué porque dos tiros disparados, no se supo por quién, ni para quién iban dirigidos, dieron en sitio delicado al animal y medio muerto lo encerraron otra vez en *su aposento*.

No hay para qué relatar la despedida cariñosa que á los diestros le fué otorgada. Las sillas que á la entrada en el pueblo estaban colocadas en las *áceras* para presenciar la llegada de los *héroes*, por lo más *chic* de Cotillas, fueron *regaladas* á los toreros, pero no dadas con cortesía, sino tiradas; hubo paleta que tiró una docena de una vez al matador. ¡Vaya una manera de llover... sillas!

Hasta la *fonda* fueron perseguidos y llevados, no en hombros, en *andas* y *volandas*, en vilo, por aquella multitud ultrajada, como decía el alcalde. A toda vela se vistieron los ocho *mártires*, siendo conducidos, *esta vez de verdad*, por el mismo cabo que los trajo, y dos números. No veían la hora de coger el andén, el tren, todo lo querían coger, todo cuanto tuvieran á mano para salir de aquel apurado trance.

Tenía peor sino el *Niño* ante un andén

que ante un toro. Así lo decía él; á éstos no quería arrimarse, y en aquellos se pasaría toda la vida.

Por fin, ya el tren en marcha para Madrid, no se conocían unos á otros los de la cuadrilla. No se daban cuenta, y cada uno se figuraba del otro que era un vecino del pueblo, por todos relegado al más sempiterno olvido.

Repuestos del susto empezó cada cual á contarse los pocos cuartos que tenían y las señales que con tantos *regalos* les habían producido éstos en sus cuerpos al caer.

Pero vean ustedes. ¿Quién se había de creer, á pesar de lo malos que eran todos ellos, que no se les iba á pasar por la cabeza el que al llegar á la primera estación tenían que poner, sobre todo «el mataor», unos telegramitas dirigidos á la Prensa? ¡Qué se les había de pasar eso! ¡Ni el haber apartado unas perras para en cuanto llegaran á la corte mandárselas á ciertos revisteros, ya de antemano avisados, para que insertaran en *sus* secciones taurómacas el telegrama bien estirado y adornado! ¡Pues así que no se sabían ellos esos trucos!

IX

«DE NUESTROS CORRESPONSALES»

—Lanzamentiras, seis minutos, cantó un mozo de tren, al pararse éste en una estación.

—Mira, aquí pondremos *eso*, dijo el *peón de confianza* (uno á otro no se tenían ni tanto así de la misma), y en efecto, «con todo lujo de detalles» el único que sabía un poquito «*tirar* de pluma», redactó y escribió el telegrama siguiente (las direcciones de los mismos no hacen al caso publicarlas):

«Lanzamentiras (13, 13-13 tarde.)

Corrida ayer Cotillas superior. Toros Menosprecio, bueyes, á pesar de *lo cual* el *Niño de la trenza lisa* estuvo superior, le echaron de todo y de todo; bregando, todos; banderilleando, todos; corriendo, todos. ¡Estamos todos buenos!—*Deogracias.*»

Aquella misma noche y á la mañana siguiente, periódicos de reconocida importancia y circulación, insertaban en sendas columnas el telegramita de referencia, sumamente *inflado*, ocupando más espacio, mucho más, la revista de la corrida de Cotillas que el que ocupaban en la publicación de lo ocurrido en las últimas sesiones habidas en el Congreso y en el Senado el día anterior, y eso que en ambas Cámaras se habían discutido asuntos de gran transcendencia para España.

Ya no se hablaba de otra cosa en todo Madrid; en las calles, en cafés, círculos, sí ó no políticos; *la cuestión del día* era la del *Niño de la trenza lisa*.

X

EN LA TIERRA DEL TRUCO.

Treinta y ocho horas, «por esta vez», minutos más ó menos, tardaron en *arribar* á Madrid Nepomuceno y su cuadrilla. La llegada fué á una hora verdaderamente deliciosa; las cuatro y diez de la madrugada, «á pesar de lo cual» llovía. Ni un alma se hallaba en la estación esperando la llegada de viajeros del *rápido*, y á fe que ni al *Niño* ni á su cuadrilla les importó un comino. Ni el equipaje ni el matute que pudieran traer, hacían precisa la asistencia de mozos y dependientes de consumos. Al contrario, el «mataor» se encontraba contentísimo

de no ver á nadie. Con seguridad era la primera vez que no le prometían ó daban alguna cosa encontrándose en los alrededores de un andén. Los ocho compañeros, andando, por supuesto, subieron juntos la Cuesta de San Vicente, y calles que los llevara hasta la Puerta del Sol, en donde, después de cerciorarse todos de que «todo estaba igual» se *arrancaron* y se tomaron *uno de á cinco* con medio *ce-neque* de arriba, que tiene más miga, en uno de los suntuosos cafe..... tines que á esas horas están implantados en la plaza, albergue de vagos y cesantes. Despidiéronse los siete y el *capitán*, hasta otra corrida, ó recorrida, *tirando* el uno hacia Chamberi, otros camino del barrio del Perchel y otros hacia el camino alto de Carabanchel. Todos tenían su casa á la puerta, como aquel que dice.

XI

EL GORDO EN SUS MANOS.

Tres días estuvo Nepomuceno sin salir á la calle, no siendo el tiempo preciso para ir á comer, *por su cuenta*, mientras le duraron los pocos *charpes* que tenía. De la *Chupitos* no había menester, en tanto no tuviera él necesidad de ella para algo. *Jarto* Nepomuceno de sí mismo, después de haberse leído lo bueno que de él decían, y cuando ya no tenía ni «para mandar cantar á un ciego», se dispuso á *exponerse* por las calles más céntricas de Madrid, siendo para él un gran asombro en que no bien llegó á la del Príncipe, fué parado y saludado por tres ca-

ballerotes que ni él los conocía ni ellos á él tampoco, pero que á juzgar por la forma con que era tratado parecía habian sido conocidos de toda la vida. «Aquí te quiero escopeta», se dijo para «sus adentros» el *Niño*. Iré á ver á *esa* porque es la hora del *coci*, pero esto ya no será cuestión más que de seis ú ocho días; luego...

Ya estaba poseído el *Niño* de que la cosa había cambiado, que ya tendría *amigos*, sin saber por qué, y de qué, y que á todas horas sería acompañado con más solicitud que una *madamuasel*, como él ya sabía decir. «Así pasó», plácemes, norabuenas, por *toos laos* le daban, como dijo el Cabo López; dinero prestado no le faltó, mesa puesta en diez ó doce casas, tampoco. ¡Y que no se lo disputaban los lipendis! Disgustos y escándalos se armaban en las casas de *sus amigos* en cuanto se tocaba en lo más mínimo al *Niño*, no siendo para ensalzarle y alabarle. El día que Nepomuceno estaba convidado á comer por alguno de aquellos *chales*, la casa *afortunada* era una Babel. Allí no se conocía aquél día ni á hijos, ni á madres ni á esposa. Todo por y para el *Niño*; todo se predisponía lo mejor posible; al papá, jefe de la casa y *anfitrión*, todose le volvían disposiciones,

A todas horas con el *Niño* y á todas partes con el *Niño*. Hubo mujer de algún primo de esos que ya se escamaba y hasta tuvo celos de su marido y el *Niño*. ¡Caracoles con el Niño! Este con tanta *fiesta* se recrecía más y más viendo tanta bajeza y tanta zalamería.

Ya Nepomuceno no se codeaba con nadie *de los de antes*, ni pisaba más establecimientos que restaurants de primera clase.

¡Cualquiera le hacía al *Niño* entrar en una taberna invitado por aficionados de esos que cuando baten palmas es que es verdad y que en hablando de toros saben lo que se pescan!

Solamente en una ocasión, y á fuerza de lo mucho que le rogaron, *se dignó* entrar en un buen establecimiento de vinos en donde, también, después de echarle mil memoriales, aceptó y bebió, ¡ay!, dos copitas de zarzaparrilla.

.....
¿De qué y por qué me hacen á mí tantas cosas? ¿Quién soy yo? se decía Nepomuceno. No hace nada, nadie me miraba á la cara, ahora, en un dos por tres, me encuentro con diez mil amigos que no saben qué hacerse conmigo.

Ya, sin saberse cómo ni cuándo, era conocido de todo el mundo y venerado

por una centena de tontos; él iba pasando la vida al pelo y con esperanzas de que aquellas personas le harían matador de toros, en plazo no lejano, lo que se lograría, no precisamente debido á sus méritos y valentías, sino á la poderosa influencia de sus cariñosos servidores.

Un par de meses transcurrieron, siendo clase de toda suerte de convites y agasajos, al mismo tiempo que, como si se tratara de alguna triple ó cuádruple alianza, trabajaban sin cesar media docena de pajarracos gordos con el exclusivo objeto de que á todo trance debutara el *Niño* en la Plaza de Madrid.

El empresario recibía diariamente la mar de visitas, todas recomendando al neófito; entre ellas se contaban personas que en sus alfileres de corbata ostentaban corona ducal ó insignia distinguida,

—El muchacho—decía uno de estos personajes al empresario—vale, dará dinero, y... después de todo, nos hemos empeñado media docena de amigos en que ¿ahora *estamos* en Junio?, pues en Septiembre tiene que tomar la alternativa el *Niño de la trenza lisa*.

—Pero, señor, si sé por buenos conductos que el *Niño* no *quíe* toros ni en acuarelas; no sabe nada; está escuadr millao de *una cogida* que ha tenido hace

poco; no *tié* pelo; en Cotillas, á pesar de todo cuanto se ha fantaseado, le echaron dos toros al corral; y además, tengo ya hechas todas mis combinaciones para las corridas que faltan de la canícula—le contestó con cierta temeridad el bonachón y pacienczudo empresario.

—Usted s'ha *caído* de un *nido*—replicó el personaje tirándoselas de andaluz.

—(Que me he caído de un nido, me dice este tío, en mi misma cara, y en mi propia casa. ¡Ya te daría yo á ti *nido*, si no fuera mirando esta carga de familia que tengo, murmuraba para sí el empresario, haciendo trizas entre sus manos, á pedacitos muy pequeños, una papeleta de segundo apremio que le acababa de entregar un ordenanza del recaudador de contribuciones.)

—Hombre, qué gracioso está usted; no hay tal nido, señor; es lo que le digo á usted; déjelo para Octubre, y en la primera novillada que se verifique será usted servido.

—Nada, nada; no tengo ganas de conversación; ya le he hablado bastante; ó el *Niño sale* el domingo que viene, ó no le deajo á usted ni acabar la temporada. Ya sabe tengo la sartén *pol* mango. ¡Pues no faltaba más, hombre!

—Bueno, pierda usted cuidado, señor;

el *Niño* debutará el domingo; quitaré del carté á... un desgraciado padre de familia, que es un buen torero y mejor matador y da de comer con su trabajo á seis personas.

—Quite *manque* sea al *presiente*, pero póngame al *Niño*. ¡Ah! Toros de... Cuadrilla, necesita: tres picadores, cuatro banderilleros y... Adiós.

—(La luna). Vaya usted con Dios, señor. (Valiente gentecita.)

.....
A los dos días quedaban fijados en las esquinas los carteles anunciando una gran novillada y en la que figuraba nuestro *Niño*.

XII

LLEGÓ LA HORA. — «TU ENGORDAS, BENITO»

El día amaneció espléndido. Las calles de Sevilla, Alcalá, trozo desde la calle de Cedaceros á La Equitativa, Cuatro Calles y Carrera de San Jerónimo, estaban ocupadas totalmente por gente de todas las clases sociales.

Matando, matando el tiempo mientras se acercaba la hora del deseado *piri*, discurrían cientos y cientos de personas, versando todas las conversaciones sobre el mismo tema; era ó no verdad lo que del *Niño de la trenza lisa* se decía. Se los comía *crudos*, los toros ó era un *chales perdío*.

¡Cualquiera introducía un pie en alguno de aquellos corros, defendiendo al *Siglo* de Nido ó á *La Justicia* de Salmerón!

Los revendedores, situados todos en montón delante del café Inglés y la Expendeduría especial de la Tabacalera, estaban orgullosos porque acudía público bastante á la calle de Arlabán, en cuyo despacho de billetes no quedaba más que la *broza*. Se rechoncheaban con sus mazos de billetes buenos en las manos, como indicando á los aficionados con su parsimonia, que no tenían más remedio que, el que quisiera una localidad buena para presenciar la corrida de aquella tarde, «hincar el pico» ante ellos.

¡Váyase por las tardes que había *jabón* y daban los billetes con un 50 por 100 de descuento!

Los únicos que tenían tomadas las avanzadas y ofrecían billetes al público, eran los *ratoneros*, que aquel día, el que no poseía fondos propios, había estado dando *coba* toda una semana á su *caballo blanco*, el cual, á fuerza de tantos ruegos y seguridades en que no habría *espuma* por lo bueno que era el cartel, prestaba á su *compinchi* diez ó doce duros, con los cuales adquiriría treinta ó

treinta y cinco billetes de los de abrása-
te y estate quieto.

No llegarían nunca estos *banqueros* á ser unos Urquijos ó unos Castellanos, pues aunque bien vendidas las tres docenas de localidades, entre el *momio* que daban para conseguirlas, las tardes enteras que se pasaban esperando turno en la puerta del despacho y alguna que otra peseta que *se perdía*, resultaba que escasamente les alcanzaba para comer aquellos dos días de bulla y echar un par de partidas al *mus*.

XIII

EL DEBUT

Lo que *ocurrió* la tarde del debut lo copiamos de un periódico profesional; empezaba así:

«La tarde estaba serena. El sol que iluminaba el anchuroso circo no era el mismo de hace cuatro días (naturalmente que no, digo yo) (1).

El presidente, que lo era, etc., etc. Ya, de aquí en adelante no continuamos copiando todo lo que el periódico decía de la corrida, pues el *principio* de la misma era igual que el que se publicaba en todas

(1) N. del A.

las celebradas desde el año diez mil.

Sólo insertaremos la parte relativa á las faenas ejecutadas por el *Niño*, pues las de los dos espadas que le acompañaron este día no precisan figurar en este libro.

«Tocaron á banderillar, y dos de los siete peones que llevaba el *Niño* en su cuadrilla pusieron al torete que parecía un alfiletero.

Cambiada la suerte, llegó la hora suprema; gran expectación y un silencio sepulcral se sentía en la Plaza...

Armado de un gran espadón y una descomunal muleta se dirige el *Niño de la trenza lisa* hacia el palco presidencial, y con una *elocuencia* atroz echó por su boca una de sandeces y tonterías, que el público que pudo oirlas prorrumpió en una de carcajadas y bostezos, que los que no las oyeron, comprendiendo que el *discurso* aquél sería una lata, empezaron á darle gusto á los bastones, entonando el famoso tantarantán. Diez minutos tardó nuestro *Niño* en pronunciar su brindis. Uno de sus banderilleros, espantado de ver á su *mataor* discurseando tan largo rato, y para dar más valor á la *elocuencia* del *Niño*, se dirigió á varios aficionados del tendido 2 diciéndoles:

— *Eso es un Ataneo.*

Terminada su gran lata volvió el *Niño* al sitio donde se hallaba su mozo de estoques, (que más que mozo parecía el conserje de una armería, tal era el número de sables que guardaba) en donde se pasó el *Niño* otros diez minutos entre arreglarse, limpiarse el sudor y beber agua con no sé qué ingredientes.

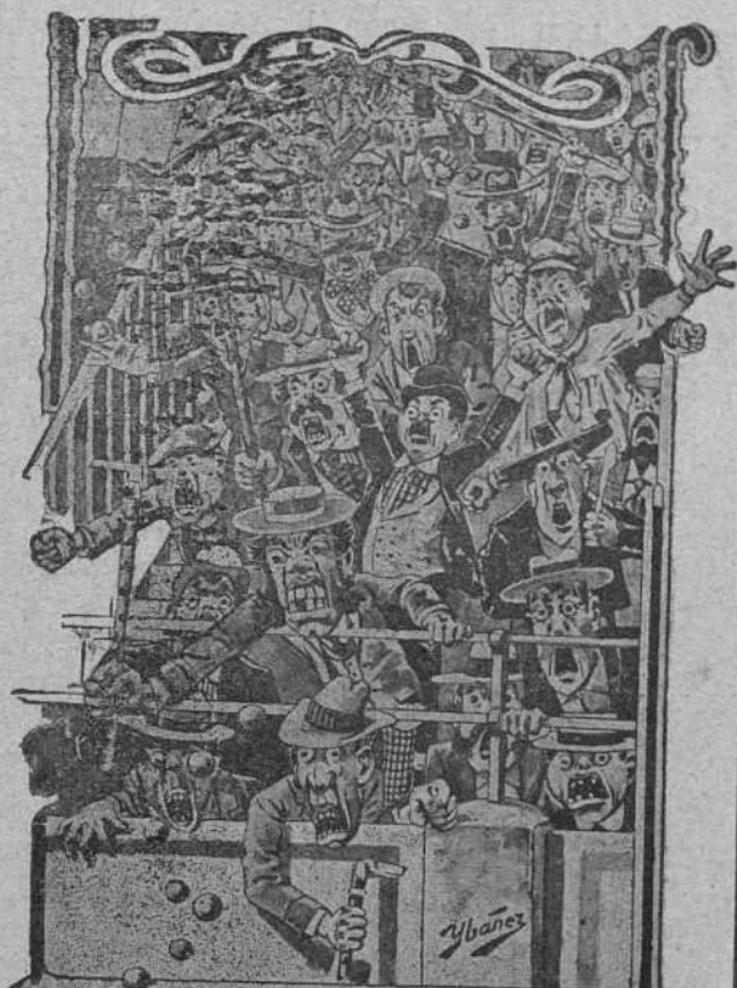
Por fin, con mucha *presopopeya*, se dirige Nepomuceno á buscar al torete, que se hallaba en los tercios del tendido 5, medio muerto, con un palmo de lengua fuera, y casi asfixiado de resultas de tantos capotazos como le habiandado los siete niños de Ecija (pues en Ecija habían nacido). Encontrado toro y torero, éste desplegó su exageradísima muleta; tan grande era, que al público de sol le vino de perilla, pues con ella *dejó* por completo nubladas hasta las añanadas 2.^a y 3.^a

Con infinidad de ayudas y sufrimientos logró abanicar á la bieha con aquel ventilador monstruo, y en cuanto tuvo ocasión observar que el animal miraba á todo el mundo menos á él, AHÍ VÁ, como el caballo de copas, setiró á matar, atravesando, con aquella lanza, de parte á parte al becerro, y abriendo una gran brecha en los tableros de la barrera.

—¡Qué bárbaro!— decían unos.

— ¡Qué fenómeno!— interrumpieron varios.

La ovación que otorgaron al *Niño de la trenza lisa* fué despampanante; tan feroz, que duró todo el tiempo que tardaron en lidiarse los toros cuarto y quinto, en los que Nepomuceno no hizo absolutamente nada.» Salió el último toro, el sexto y ¡á fé que no se acordó del mandamiento!; bien nos... aburrió con sus desplantes, sustos y carreras, tardando una bestialidad de tiempo en querer entrar á matar. Eso es lo que él no quería. Lo que él buscaba á toda costa y prisa era que se hiciera de noche, con objeto de que ni el público ni él mismo se enteraran de lo que hacía con aquella segunda cabrita. Lo consiguió. «Ya había anochecido; por la espalda, estando el animalucho del *revés*, entró Nepomuceno á matar por la cara... posterior del bicho. El resultado del estoconazo fué de primera; la espada le salía al animal por el hocico, así es que el derrame fue tremendo. Otra ovación.» No cortó la oreja del torete porque ya se las había cortado, sin querer, en uno de los pases que dió con la derecha. Entre diez ó doce *mozos de cuerda* fué paseado triunfalmente Nepomuceno por el redondel, no sin que, tanto el héroe, como aquella docena de ca-



¡¡GRADUJA!!!
¡¡MORRAL!!! ¡¡COCHINO!!!
& & &

fres que cargaban con él, recibieran una lluvia de almohadillazos de los espectadores, que, aunque de noche, habían visto las hazañas hechas por el Niño.

Al salir éste de la plaza se encontró con que dos caballerotes, lujosamente vestidos, le ofrecían asiento en el coche de su propiedad; un magnífico *landeau* tirado por dos briosos caballos. Como si fuera merecedor de ello, pues ya él sabía que otros muchos eran objeto de tal distinción, sin despedirse siquiera de su cuadrilla, subió al elegante vehiculo, en donde fué sentado entre el muslo izquierdo y derecho de ambos señorones.

—A Sodoma, 12— dijo uno de los aristócratas al cochero.

.....

.....

XIV

DESPUÉS DEL DEBUT

Aquella noche cenó en Fornos, siendo agasajado espléndidamente por unos veinte personajes. ¡Cómo se hartó de comer cosas que en su vida soñó existieran!

Después del festín, fué llevado por los elegantes á la cuarta de Apolo, ocupando Nepomuceno muy señorialmente una delantera de palco. ¡Estaba guapísimo, deslumbrador!; todas las miradas de los concurrentes eran dirigidas al él. Las principales personalidades apenas si hacían caso para nada de los actores, que representaban muy á gusto de los espec-

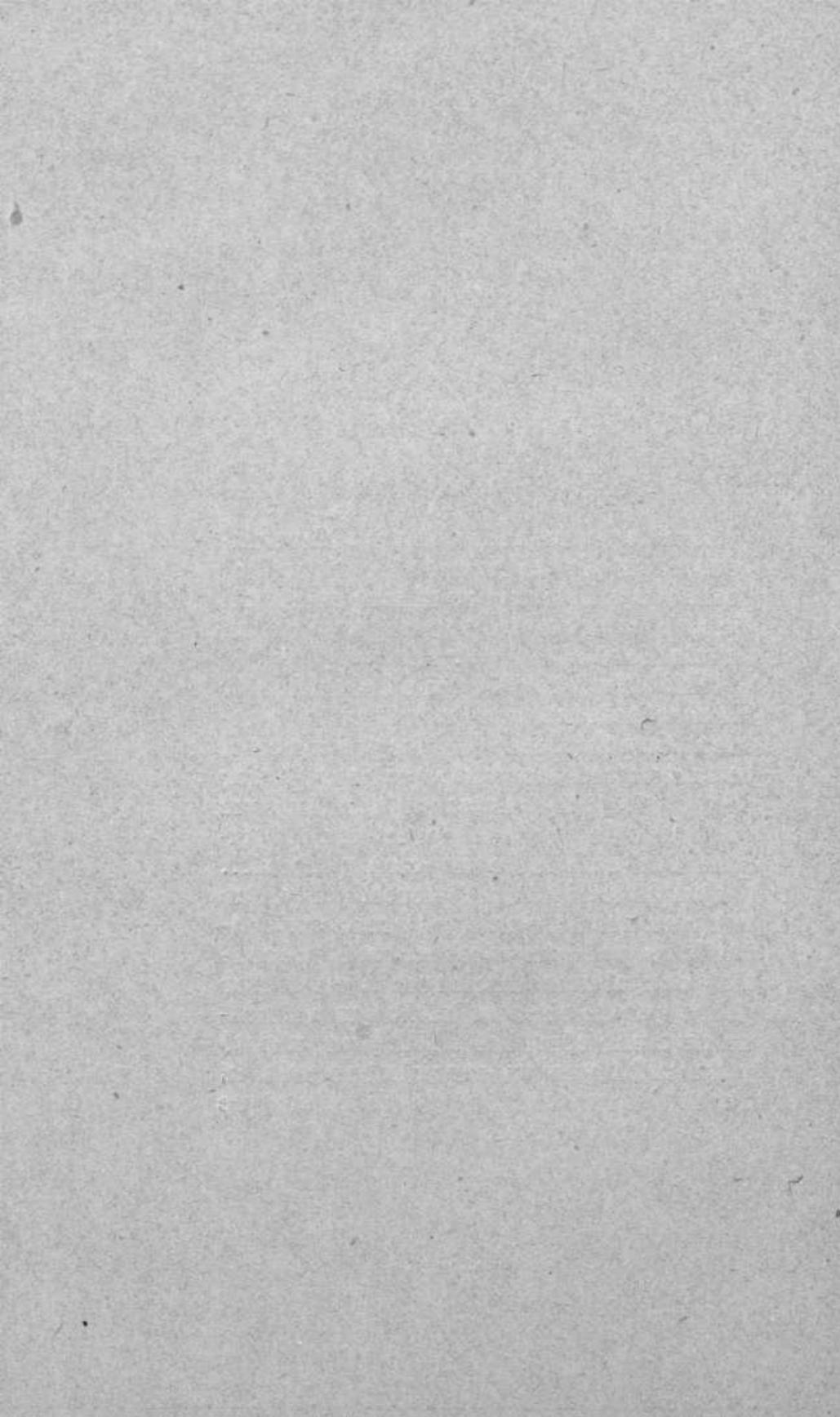
tadores *La Isla de San Balandrán*, y que desde que el *Niño* pisó la sala pasó inadvertida su ejecución. Todo el mundo miraba con los gemelos al de la *Trenza lisa* siguiendo con los mismos todos los movimientos del indocumentado analfabeto.

Hubo mujer que se temió no hacer negocio aquella noche en vista de que, como decía una de aquéllas, siempre le ocurría ese percance en cuanto se notaba carne fresca y nueva en el mercado.

¡ARZA, PILILI!

Cerca del amanecer llegaba Nepomuceno á su vivienda, cenado, divertido, borracho y... hasta con dinero en el bolsillo, á pesar que él por su parte, ni un cuarto llevó ni para agua.

—No tengo *cerillos*, ú otra cualquier *chuchería* decía en alta voz cuando estaban de sobremesa él y los primos en el restaurant; al momento era servido por seis ó siete de sus acompañantes que cada uno le ponía á derechas y á izquierdas un billete de cien pesetas... para que comprara fósforos. (Hay que tener en cuenta que estos generosos *contratistas de monopolios de mixtos*, contestaban alguna insolencia á cualquier pobre que de ellos solicitaba una limosna de cinco céntimos). El *Niño* se acostó y durmió como un energúmeno toda la noche, que para él fué de boda, aunque se encontraba solo.



XVI

AL QUE BIEN TÉ HIZO, CHORIZO

La primera visita que Nepomuceno tuvo á la mañana siguiente fué la de su buena amante *Chupitos*, que, radiante de alegría, iba á felicitar á su hombre por el éxito que obtuvo el día anterior, y que ella se había enterado porque se lo habían leído, no porque él se lo comunicara, en un diario que anterior á la revista de la corrida insertaba crímenes horrendos, y posterior á la misma el veredicto pronunciado por el Jurado en una causa, en la que se pedían doce penas de muerte, el hundimiento de una casa en la que perecieron doscientas personas, la sección de cultos del día y la apreciación del estreno de una zarzuelita titulada *El Merengue seductor*.

La muchacha, no sólo estaba contenti-

sima del paso adelante que había dado el *Niño*, sino que cifraba sus esperanzas en aquel hombre que le pagaría las atenciones que había tenido con él y las muchas necesidades que ella, á costa de su cuerpo, le había quitado. La *Chupitos* llamó alegremente á la puerta de la casa del *Niño de la trenza lisa*, el que al sentir los fuertes puñetazos que la mujer, daba, valida de la confianza que mediaba entre los dos desde un año á aquella fecha, contestó desde la cama á su ex-protectora «que era muy temprano (las doce y media de la mañana) y que no se molestaba en abrir la puerta ni á ella ni á nadie». La desgraciada, al oír aquellas palabras de desprecio pronunciadas por el desagradecido, sintió como si la hubieran dado un martillazo en la cabeza.

—Que soy yo, abre—gritó la *Chupitos* arrimando su boca al agujero de la llave.

—Manque zea la Vigen—contestó el animal desde su aposento—; zi erez tú, y zi quierez, aspérate unas horas— siguió rebuznando, *haciéndose* el andaluz.

La muchacha quedó atónita, sin sentido, y pausadamente pudo reclinarse entre la pared y el quicio de la cerrada puerta.

Allí permaneció sollozando unas cuantas horas hasta que aquel ganso le vino en gana el abrir la puerta (de la muerte podría decirse) á la que tanto bueno debía, no sólo por las necesidades que le había cubierto, sino porque á ella, en mayor parte, podía agradecer lo que ya era.

.....
Los palos del sombrero se le cayeron á la infortunada *Chupitos* nada más al ver la frialdad con que Nepomuceno la recibía.

Ni las buenas tardes, ni las gracias la dió al felicitarle ella por su triunfo.

Con el alma más dura que una piedra le fué exponiendo el *Niño de la trenza lisa* á su ex-amante las *razones que le ayudaban para irremisiblemente* dejar de seguir con ella. Que su situación había cambiado, que ya era otro el roce que tenía que tener, juntas con otra porción de cobardes excusas.

No le ablandaron ni súplicas ni recuerdos evocados por la *Chupitos*, de lo que había hecho por él en su vida... mendiga.

Nada, Nepomuceno terne que terne, sacudiéndose *aquella mosca*, como él decía, que para nada le hacía falta.

—Y ahueca pronto—terminó el *Niño*,

gritándole á la *Chupitos*—; ahueca pronto, porque me esperan los condes de la P y el marqués de la M en la Mesón Daré.

Se repitieron las súplicas, en esta ocasión de rodillas, por parte de la despreciada mujer, y que si quieres; no la dió un puntapié, porque le sujetó ella la pata; si nó, ¡vaya si se lo dá!, pues dirígirselo, se lo dirigió.

Ahogándose por la angustia y sollozando calladamente, bajó la *Chupitos* los ciento y pico de escalones que componían la escalera de la casa.

¡Ella, que creyó iba á ser recompensada por tanto bien como había hecho por aquel gandul...!

¡Ella, que, confiada más que en nada en sus propios merecimientos creyó llegado el momento de que sería retirada de una vida tan miserable (en la que estaba por la necesidad y no por vicio), por el que tantas veces y para que él de nada se viera privado, á ella le habían *desvelado* el sueño, se encontraba tan ruinmente abandonada por el único hombre que podía redimirla de tan perra situación!

XVII

EL DELIRIO

Durante cuatro meses, el *Niño de la trenza lisa* toreó la mar de corridas por las plazas de España.

La Prensa, en su mayoría, se volvió loca *contándonos* las proezas que Nepomuceno hizo.

Por esta y *otras causas* no se hizo esperar mucho la alternativa del *Niño*, siéndole *otorgada* en una corrida extraordinaria y en la que fué «doctorado» por el matador que más fama tenía en aquella época y que con gran orgullo ostentaba el significativo apodo de: *Para malo, yo*.

.....
.....

XVIII

S'ACABÓ EL CARBÓN

El *Niño de la trenza lisa* ganó el dinero á espuertas. Era respetado y venerado por todo el mundo. En sus reuniones no se contaban más que personas de sangre azul, banqueros, políticos de altos vuelos, monárquicos y republicanos, literatos, poetas, periodistas, etc., etc.

.....

.....

.....

En cuanto á la *Chupitos* fué tal la sensación que le produjo el proceder grosero de su amante, que durante algunos meses padeció una violenta fiebre, ocupando una cama en el Hospital general.

Nadie fué una sola vez á preguntar por ella ni á llevarle «una sed de agua». Gracias á su buena naturaleza y al cuidado de sus caritativas enfermeras, logró reponerse, pero quedando imposibilitada para seguir ejerciendo su antigua profesión, tuvo que *agarrarse*, si quiso mal comer, á prestar sus servicios de maritornes, no de las de «para todo», pues ya estaba inservible, en una inmundicia mancebía de la calle de la Chopa.

FIN

Índice.

	<u>Págs.</u>
I. Preparando á los lectores.....	6
II. Biografía	11
III. Andem'uste pol mundi.....	13
IV. Empieza el miedo.....	23
V. Preparativos de marcha.....	27
VI. ¡A Cotillas!.....	31
VII. En Cotillas.....	33
VIII. La corrida.....	35
IX. «De nuestros corresponsales»....	39
X. En la tierra del truco.....	41
XI. El gordo en sus manos.....	43
XII. Llegó la hora, tú engordas, Benito.....	49
XIII. El debut.....	53
XIV. Después del debut.....	59
XV. ¡Arza pilili!.....	62
XVI. Al que bien te hizo, chorizo....	63
XVII. El delirio.....	68
XVIII. S'acabó el carbón	70

1010



Obras taurinas

DE VENTA EN LA

LIBRERIA DE PUEYO

10, MESONERO ROMANOS, 10

MADRID



SÁNCHEZ DE NEIRA (J.)--GRAN DICCIONARIO TAURÓMACO. Edición lujosa con infinidad de fotograbados, conteniendo lo más importante que se ha hecho referente al arte taurino. Un tomo en 4.º con tapas alegóricas, 30 pesetas.

GUERRITA (RAFAEL GUERRA).--LA TAUROMAQUIA. Esta obra ha sido escrita por los señores Vázquez, Gandullo y López de Saa, bajo la dirección del célebre diestro. Va ilustrada con preciosos grabados representando suertes del toreo. Dos tomos en 4.º, 20 pesetas, encuadernados en tela 24.

RESQUEMORES.--ANALES TAURINOS. En esta obra, única en su género, hallará el lector una detallada reseña de cuantas corridas se celebraron en todas las plazas de España, Francia y Portugal durante el año 1900. Contiene también datos importantes sobre toros, toreros, Empresas y aficionados.

Forma un elegante volumen de más de 500 páginas con alegórica cubierta, y va ilustrada con 40 preciosos retratos tomados de fotografía, que representan á las personas siguientes:

Mazzantini, Pataterillo, Bombita, Quinito, Fuentes, Paco Frascuelo, Minuto, Bebe

OBRAS TAURINAS

chico, Guerrerito, Lagartijo chico, Machaquito, Angel Pastor, Manchao, Pulguita, Rafael Molina «Lagartijo», Rafael Guerra «Guerrita», Reverte, Dominguín, Félix Velasco, Lagartijillo, Villita, Conejito, Bombita chico, Algabeño, Antonio Montes, Antonio Olmedo, Padilla, Bonarillo, Niembro, José de la Loma, Buendía, Peláez, Heredia, Moya, Lanuza «Puntilla», Rodríguez Chaves, Carmena y Millán, Conde de las Navas, Caamaño el «Barquero» y Resquemores. Precio de la obra, 5 pesetas.

MILLAN (PASCUAL).--LOS TOROS EN MADRID. Historia de las corridas de toros desde su origen hasta nuestros días, con indicaciones para torear á pie y á caballo y un plano en colores de la Plaza de Toros de Madrid, 4 pesetas.

Los NOVILLOS. Estudio histórico sobre las corridas de novillos, su origen y progreso, con muchos datos curiosos é interesantes y copia de algunos documentos raros y antiguos. Un tomo de 339 páginas, 4 pesetas.

TRILOGÍA TAURINA.

1. ^a parte.	En la redacción.....	3	pesetas.
2. ^a	— En la plaza.....	4	—
3. ^a	— Fraternas.....	4	—

CARRALERO Y BURGOS (JOSE).—MATA-DORES MADRILEÑOS. Contiene 65 biografías de toreros naturales de Madrid y su provincia, 1 peseta.

CARMENA Y MILLAN (LUIS).—LANCES DE CAPA. Artículos y versos taurinos con un

LIBRERIA DE PUEYO

relato de muchos incidentes y sucedidos relacionados con el toreo.

Un tomo de 380 páginas, 4 pesetas.

ESTOCADAS Y PINCHAZOS. De igual forma é índole que el anterior.

Un tomo de 300 páginas, 4 pesetas.

SERRANO GARCIA-VAO (MANUEL).—TOREROS, TORERITOS Y TORERAZOS. 303 semblanzas de otros tantos toreros, en 303 décimas. Un tomo de 154 páginas, ilustrado, con profusión de grabados, 1 peseta.

TOROS Y TOREROS en 1904..... 2 pesetas.

— — en 1905..... 2 —

— — en 1906..... 2 —

REGLAMENTO DEL TOREO Y ARTE DE TOREAR. Explicación sencilla del modo de ejecutar todas las suertes del toreo, y artículos del reglamento concernientes á la lidia. Un tomito con grabados, 20 céntimos.

DOCTRINAL TAURÓMACO DE HACHE. — Esta obra, presentada con gran lujo y hermosas láminas en colores, es una verdadera enciclopedia de conocimientos referentes al arte taurino. Precio, 20 pesetas.

MACHADO (MANUEL).—LA FIESTA NACIONAL. Poema admirable de gran esmalte y colorido, en que se cantan en una forma original todos los lances y episodios de nuestras corridas de toros. Precio, 0,75.

PELLICO (RAMON) *Fray Victorio*.—NOCIONES DE TAUROMAQUIA PARA EL NOVEL AFI-

OBRAS TAURINAS

- ACIONADO Á LAS CORRIDAS DE TOROS. En este tratado se indican todos los pelos y señales de las reses, modo de criarlas en los prados y forma de ejecutar las suertes del toreo. Es un libro utilísimo, no solamente á los aficionados, sino también á revisteros y á cuantos tengan que intervenir directa ó indirectamente en asuntos taurinos. Precio, 1 peseta.
- BARAJA TAURINA DEL AMOR. Contiene 72 retratos de los más afamados diestros antiguos y modernos. Precio, 10 céntimos.
- SILES (JOSE).—ACUARELAS DEL REDONDEL. Narraciones taurinas y chulescas. Precio 1 peseta.
- VELARDE (J.).—TOROS Y CHIMBORAZOS. Cartas dirigidas al Sr. D. José Navarrete. Precio, 1 peseta.
- CORTÉS (JOSE).—TRATADO DE TAUROMAQUIA. 2 pesetas.
- DON CLARENCIO.— CARTAS TAURÓMACAS. Dos tomos, 4 pesetas.
- ROS (ANTONIO).—EL NIÑO DE LA TRENZA LISA. Novela tragi-cómico taurina, 0,50.
- LA ALTERNATIVA DEL ENAGÜITAS, 0,50.
- LIBRO DE BRINDIS Ó ARTE DE BRINDAR. Colección de toda clase de brindis, y especialmente taurinos, 0,50.
- BIBLIOTECA «SOL Y SOMBRA». Magníficos folletos esmeradamente impresos en papel

LIBRERIA DE PUEYO

satinado, y cubiertas á dos tintas, con los retratos de los toreros biografiados. Van publicados y están á la venta los volúmenes siguientes:

- I. Manuel García (*Espartero*).
- II. Rafael Guerra (*Guerrita*).
- III. Antonio Reverte Jiménez.
- IV. Salvador Sánchez (*Frascuelo*).
- V. Rafael Molina (*Lagartijo*).

Próximamente se publicarán las de los afamados diestros

Mazzantini, Fuentes, *Bombita*, *Quinito*, *Lagartijo chico*, Montes, *Dominquin*, *Bombita chico* y otros toreros antiguos y modernos.

Precio de cada volumen, 50 céntimos.



1883

El Mismo de la traza lisa.